

**“EL VIAJE DEL HÉROE” DE JOSEPH CAMPBELL Y EL USO DEL  
MITO DESDE LA PRISIÓN PARA POSIBILITAR TRÁNSITOS  
BIOGRÁFICOS**

**“THE HERO'S JOURNEY” FROM JOSEPH CAMPBELL AND THE USE  
OF MYTH TO ENABLE BIOGRAPHICAL TRANSITIONS FROM PRISON**

**Adriana María Ruiz Gutiérrez**

Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia

[adriana.ruiz@upb.edu.co](mailto:adriana.ruiz@upb.edu.co)

<https://orcid.org/0000-0001-8588-7795>

**RESUMEN:** La necesidad de conocimiento y de experimentación para introducir nuevos comienzos en la vida, y, a su vez, la confusión debido a las representaciones distorsionadas sobre nosotros mismos, reclama la ayuda de los mitos y de sus héroes, quienes ya han recorrido el camino y regresado al mundo para aleccionarnos sobre la experiencia. De ahí la enorme vitalidad de las imágenes y los arquetipos mitológicos en nuestro tiempo, en especial en los espacios carcelarios y penitenciarios, donde hombres y mujeres privados de libertad buscan contar su historia para transformarla. Este artículo, que se ocupa del mito como experiencia formativa para la propia vida, haciendo suyas las ideas de Joseph Campbell, presenta los hallazgos de un laboratorio biográfico en la prisión, construido y desarrollado a partir del mito del laberinto de Dédalo y sus símbolos. Entre los hallazgos y conclusiones se encuentra la importancia de la literatura del espíritu para comprender y regenerar la vida, especialmente al interior de los espacios carcelarios.

**PALABRAS CLAVE:** cárcel, Dédalo, historia, laberinto, narración, vida.

**ABSTRACT:** The need for knowledge and experimentation to introduce new beginnings in life, and, in turn, the confusion due to distorted representations about ourselves, calls for the help of myths and their heroes, who have already traveled the path, and returned to the world to teach us about the experience. Hence the enormous vitality of mythological images and archetypes in our time, especially in prison and penitentiary spaces, where men and women deprived of liberty seek to tell their story to transform it. This article, which deals with myth as a formative experience for one's own life, adopting Joseph Campbell ideas, presents the findings of a biographical laboratory in the prison, built and developed from the myth of the Daedalus labyrinth and its symbols. Among the findings and conclusions is the importance of the literature of the spirit to understand and regenerate life, especially within prison spaces.

**KEYWORDS:** prison, Daedalus, history, labyrinth, narration, life.

**Recibido:** 2 de agosto de 2024

**Aceptado:** 24 de enero de 2025

“Hay más realidad en una imagen que en una palabra”  
(Campbell, 1991, p. 28)

## 1. INTRODUCCIÓN

“¿Por qué los mitos? ¿Por qué deberían interesarnos? ¿Qué tienen que ver con mi vida?”, interroga Bill Moyers a Joseph Campbell, quien repregunta al entrevistador: “¿Qué puede hacer la mitología por ti, si te atrapa?” (Campbell, 1991, p. 28). Esta interrogante condicional, que se refiere a la posibilidad de que ocurra algo cierto en nuestras vidas con la ayuda del mito, manifiesta la necesidad de entrar en posesión intelectual de los mitos

(primitivos, egipcios, griegos, orientales, latinos, bíblicos, entre otros), que hacen parte de “nuestra literatura, nuestro lenguaje y nuestro pensamiento” (Lancelyn-Green, 2020, p. 11). Sin embargo, hoy, a diferencia del pasado, hemos ignorado la literatura del espíritu –Homero, Hesíodo, Eurípides, Platón, Confucio, Buda, Ovidio, Horacio, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe y otros–, que instruyó a generaciones completas en la experiencia de la vida interior, pues los mitos eran conocidos por todos (Calvino, 1981, p. 13; Hadot, 2006, p. 25; Ordine, 2017, p. 28). Y, “cuando una historia está en tu mente, puedes ver su aplicación a algo que ocurre en tu propia vida. Te da una perspectiva sobre lo que te está pasando” (Campbell, 1991, p. 28).

Concretamente, “el mito sirve para la instrucción espiritual” (Campbell, 1991, p. 99). Ciertos pueblos, con enorme profundidad psíquica, adecuaron su existencia corporal a una dimensión más elevada de su espíritu, sirviéndose, así, de las historias y de sus arquetipos heroicos, pues enseñan el camino de la transformación de la vida interior. Así, la liberación de la sumisión a la vida meramente lineal y progresiva, hacia la decadencia y la destrucción, constituye el motivo fundamental de ciertas mitologías elaboradas. De ahí la definición de la existencia como un viaje, cuyas pruebas de autoconocimiento y de autoconstrucción permanentes nos permiten superar la servidumbre de la dependencia y la monotonía de las leyes causales. Esto nos convierte, según Campbell, en “portadores” de los mensajes mitológicos, que nos educan sobre la vida: “¡Ahá! Esta es mi historia. Esto es algo que yo siempre había querido decir, pero no podía hacerlo” (1991, p. 99). La hazaña del héroe traduce, de este modo, la propia experiencia vital, ilustrándonos sobre nuestros problemas y respuestas a lo largo de la existencia.

En efecto, el héroe mítico participa en el juego de la vida con valor y dignidad ante sus sufrimientos y sus crisis existenciales (García-Gual, 2020, p. 183). Su actuación no es trascendente, sino inmanente, aquí y ahora, respecto al bien o el mal, el amor o la guerra, el pasado o el futuro, la vida o la muerte, que opta, necesariamente, como alternativa ante los misterios y los sobresaltos de la aventura sobrenatural. El héroe, que se enfrenta a los complejos enigmas del juego de la vida, nos orienta en “los difíciles umbrales de las transformaciones que demandan un cambio de normas, no solo de la vida consciente,

sino de la inconsciente” (Campbell, 1959, p. 16). De esta manera, los pasajes vitales y las virtudes heroicas implican la obediencia a nuestros propios impulsos y motivaciones, que transforman continuamente nuestra experiencia. He aquí la misión del protagonista mítico que nos alecciona en cómo avanzar hacia la madurez, sustituyendo las dependencias infantiles por la autonomía de las propias fuerzas.

Por ejemplo, Dédalo, el artista constructor del laberinto del rey Minos, nos enseña a encontrar la partida respecto a los enigmas y los terrores, incluso dentro de los muros del encierro. Ahora, “el laberinto se puede *experimentar* en la realidad de los dédalos de una ciudad desconocida” (Cirlot, 2011, p. 274), en especial, en los centros carcelarios. No es de otro modo, porque esta imagen arquetípica simboliza la pérdida en un mundo, que equivale al caos, y, también, la búsqueda de la salida, a pesar de todas las crisis, las vicisitudes, los obstáculos, para salvar la propia vida respecto a la muerte biográfica. La prisión es un pequeño laberinto al interior de otro círculo arquitectónico, más amplio (el universo, el mundo, la psique), sin aparente finalidad (salvo el encierro físico y, también, la autoredención de la vida interior), y de compleja estructura civil, pues el descubrimiento de un enigma encierra, por lo general, otro enigma sobre nuestra vida (Bonet, 2023). De ahí la importancia de la figura heroica, quien nos exhorta a buscar nuevos sentidos y comprensiones sobre la realidad, y, también, a encontrar los medios para transfigurarnos dentro de los muros del encierro.

Los mitos contienen, así, una experiencia formativa para la vida, pues sus héroes y sus símbolos portan mensajes sobre lo que podemos conocer y experimentar durante nuestros tránsitos biográficos (*separación* de ideas y sentimientos de la infancia; *iniciación* a la experiencia de la vida adulta; *regreso* al mundo con nuevos sentidos y significados sobre la propia existencia). En este sentido, el mito del laberinto representa la imagen y el héroe arquetípico que desciende y asciende en la propia biografía, permitiendo integrar sus pérdidas y sus posibilidades de salida. Por ejemplo, el hilo y las alas de cera constituyen dos símbolos que nos permiten relatar nuestra experiencia, para evocar y esclarecer las ideas y las circunstancias del pasado, y avanzar así hacia el futuro. De ahí su carácter

fascinante, pues portan “las llaves que abren el reino entero de la aventura deseada y temida del descubrimiento del propio yo” (Campbell, 1959, p. 15).

Al igual que el arquitecto de Minos, Dédalo, los internos del Programa Especial de Cambio del Complejo Carcelario y Penitenciario El Pedregal, Medellín, Colombia, anduvieron y desandaron su propio laberinto para reanudar el trabajo creativo sobre sus biografías. Las narraciones de algunas personas privadas de libertad revelan, además de la vulnerabilidad como causa del delito, y los obstáculos para retornar a la vida civil, sus anhelos de una “nueva vida”, distinta a la repetición de la espiral de violencia y el encierro. Reconocer este llamado, ético y político, demanda esfuerzos sociales y académicos por comprender el presente carcelario y, también, por plantear alternativas de comunicación y de circulación de estas narrativas cargadas de porvenir (promesas de novedad capaces de romper los meros automatismos y las predicciones de criminalidad) (Ruiz-Gutiérrez, 2024, p. 55). Así, el futuro narrativo de las personas privadas de libertad constituye el objetivo de un laboratorio biográfico-performativo realizado con hombres privados de libertad (2022), que se sirve de estrategias artísticas y literarias.

En efecto, los Grupos de Investigación sobre Estudios Críticos y Epimeleia y la Biblioteca Central, adscritos a la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), Medellín, en asociación con investigadores, estudiantes y becarios, locales y extranjeros, procedentes de la Universidad de San Buenaventura, la Universidad Católica de Oriente y la Universidad de Murcia (UMU, España), y con el apoyo permanente del Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (Inpec), entre otras instituciones gubernamentales y no gubernamentales, han concebido y desarrollado, desde el año 2017, una metodología de investigación biográfica con personas en proceso de transición a la vida civil. Entre sus objetivos se encuentra la construcción y transmisión de nuevos marcos narrativos sobre el delito, el retorno y el anhelo de una “nueva vida”, que hacen sus narradores.

## **2. EL MITO COMO EXPERIENCIA FORMATIVA PARA LA VIDA**

Sin lugar a dudas, todos necesitamos relatar y comprender nuestra propia historia, desde el nacimiento hasta la muerte, para descubrir quiénes somos y en qué podemos

convertirnos en cada ocasión. Y el mito, que se ocupa de contar una historia sobre la realidad de la vida, nos ofrece pistas para “encontrarnos dentro de nosotros mismos”, ya que nos educa en la experiencia de vivir (nacimiento, madurez, felicidad, envejecimiento, enfermedad, sufrimiento, muerte). No se trata aquí de recibir un significado unívoco de la existencia, sino de aprender a sentirla en nuestro interior. Porque la vida está ahí, y el sentido es que estamos ahí, y nada más (Campbell, 1991, p. 31). En concreto, la mitología nos enseña a volvernos hacia adentro, a través de diferentes símbolos, que portan mensajes sobre nosotros mismos. Esta lección mitológica sobre las experiencias humanas cardinales, que nos ayuda a vincular la mente con el hecho de estar vivos, nos permite, pues, conocer y experimentar el juego de la vida, haciéndola resonar en nuestra realidad más profunda (Campbell, 1991, p. 31).

Los mitos son narraciones en imágenes arquetípicas, metafóricas, que se ocupan de las cuestiones fundamentales de la vida humana (el amor, la soledad, la guerra, la paz, la felicidad, la enfermedad, el envejecimiento, la muerte), así como de las respuestas ante la alegría y la melancolía, el éxtasis y el sufrimiento, la pérdida y el recuerdo. Por este motivo, “el mito me dice dónde estoy” (Campbell, 1991, p. 45). De ahí la actualidad de la mitología para establecer los conflictos de la existencia que debemos afrontar de forma inexorable. La sabiduría del pasado se extiende, así, hasta nuestro presente precario y nuestro futuro problemático, mientras ilumina nuevos hechos y alternativas para encarar el contexto. De hecho, contamos historias para armonizar nuestra vida con la realidad. Y cuando interpretamos los símbolos, que cimientan las distintas mitologías, “no como referencias primarias sobre cualquier supuesto, personaje actual o acontecimiento histórico, sino "espiritualmente", entonces aparece algo que podría denominarse como una *philosophia perennis* de la raza humana” (Campbell, 1994, p. 294).

En efecto, los símbolos y narraciones míticas, que durante milenios han cimentado civilizaciones enteras y cultivado distintas religiones en el mundo, revelan preguntas y tensiones íntimas, misterios profundos, miedos, dudas y deseos insondables, pasajes internos, así como variadas respuestas ante los azares y las contrariedades, que nos sirven de guía para entender la existencia, tal y como es. Así, las historias nos educan en el

conocimiento y la experiencia del juego de la vida, que nos resulta tan promisorio como desconcertante debido a su imperfección irreparable y su agotamiento definitivo. Desde el nacimiento hasta la muerte, transitando por múltiples mutaciones y desprendimientos (en principio, el neonato del vientre de su madre y, después, el adulto de su cuerpo físico), requerimos de los arquetipos, los contenidos y las revelaciones de las distintas mitologías, que versan sobre los asuntos esenciales de la vida, para configurar nuestra experiencia presente y porvenir. “Y si no sabes cuáles son las señales a lo largo del camino, tienes que hacerlo todo solo” (Campbell, 1991, p. 28).

En contraste con nuestras escuelas, que forman en competencias para el lucro y el trabajo, los mitos nos instruyen sobre la vida y sus distintas (incluso, contradictorias) mutaciones, físicas y biográficas: la apertura y los cambios de las edades, las dudas, las elecciones, las equivocaciones y las habilidades asumidas, los roles y obligaciones de cada época, los deseos, las conquistas, los traumas y los desencantos integrados y reprimidos, los amores, los recuerdos y las pérdidas en cada pasaje de la experiencia. No hay duda de que los clásicos, entre los que se encuentran los mitos, “nos ayudan a vivir: tienen mucho que decirnos sobre el «arte de vivir»” (Ordine, 2023, p. 15). Por este motivo, los mitos son “diabólicamente fascinantes”, sugerentes y perturbadores para nuestras seguridades construidas, cognitivas y afectivas, ya que “tienen que ver con tu reconocimiento del nuevo papel que asumes, el proceso de desembarazarse de la vieja personalidad y adoptar la nueva” (Campbell, 1991, p. 40). De ahí “la promesa y el terror de esos perturbadores visitantes nocturnos del reino mitológico” (Campbell, 1959, p. 16), que nos permiten deconstruir y, a la vez, reconstruir la propia experiencia de la vida, haciéndola más plena y más sincera para nosotros mismos.

El mito, que se relaciona con la propia experiencia de la vida y sus diferentes pasajes, posee cuatro funciones fundamentales: *mística, cosmológica, sociológica y pedagógica* (Campbell, 1991, pp. 64-65). Mientras la primera representa el aura misteriosa de la vida, encarnada, en virtud de los contenidos mitológicos, en una imagen sagrada, que suscita temblor y maravilla debido a su trascendencia, la segunda hace patente el misterio latente de la existencia, a través de sucesos y de personajes míticos y religiosos, que nos dicen

qué es la vida mediante la representación simbólica de sus ideas, pasiones y respuestas ante las situaciones cotidianas y extraordinarias. Por su parte, la función sociológica alude a los variados (incluso, contrapuestos) fundamentos y validaciones de múltiples órdenes sociales, a partir de sus disímiles narraciones sobre la existencia y sus acontecimientos (la infancia, el amor, el matrimonio, la madurez, la enfermedad, la muerte). Finalmente, el mito tiene un uso pedagógico, pues nos enseña a vivir una vida humana bajo cualquier circunstancia (Campbell, 1991, p. 65).

Recapitulando, los mitos nos instruyen sobre cómo conocer y experimentar la vida, porque reconocen, además del carácter inminente de la existencia, sus múltiples preguntas y sus potenciales alternativas para hacerles frente a los tránsitos físicos y biográficos de la vida humana; desde la dependencia del niño hasta la autonomía de la edad adulta, luego la madurez y sus desprendimientos físicos y afectivos, y, finalmente, el decaimiento de los poderes del cuerpo y la muerte física (Campbell, 1991, p. 71).

“En un momento oscuro, el ojo empieza a ver, me encuentro con mi sombra en la oscuridad que crece; oigo mi eco en el bosque resonante [...] ¿Qué yo soy yo?” (p. 355), escribe Theodore Roethke (1975), en su poema “En un momento oscuro”. Las historias sobre la sabiduría de la vida nos educan sobre nosotros y nuestras transformaciones, pues nos aportan conciencia de lo que somos. En las escenas míticas, interpretadas metafóricamente, “surge la voz de la salvación”, que se hace eco en nuestra vida interior (que envuelve necesidades, fuerzas, posibilidades), orientándonos fundamentalmente en las circunstancias más oscuras (Campbell, 1991, p. 72). Porque, “el momento más negro es el momento en que el verdadero mensaje de transformación está a punto de suceder” (Campbell, 1991, p. 72). Los mitos nos ilustran, concretamente, sobre las “probabilidades típicas” de lo que acontece y sucederá en nuestra vida interior, objeto de una continua redención. De ahí su fuerza reveladora para nuestro conocimiento interior.

En consecuencia, los mitos, así como los sueños, portan mensajes sobre la propia vida (Esteban Moreno, 2023, p. 140). De ahí la importancia de unos y de otros, pues nos permiten aprender sobre nosotros. Ahora bien, mientras las historias, con independencia de su origen, contienen arquetipos –es decir, imágenes o representaciones modelo de

cualquier realidad– que tratan sobre los problemas universales de la existencia humana, los sueños hablan de las condiciones de la psique en relación con las circunstancias temporales individuales (Campbell, 1991, p. 74). No obstante, el mito (general) y el sueño (personal), entendidos como campos de experiencias sobre la realidad, nos advierten sobre los desafíos que debemos enfrentar, sin excepción. Desde luego, estas dos formas de lenguaje simbólico se interconectan en su comprensión de la realidad, superando las ideas fijas del pasado y avanzando en las posibilidades del futuro. Porque, “siempre ha sido función primaria de la mitología y del rito suplir los símbolos que hacen avanzar el espíritu humano, a fin de contrarrestar aquellas otras fantasías humanas constantes que tienden a atarlo al pasado (Campbell, 1959, p. 18).

Los mitos, los rituales y los sueños contienen las claves formativas para conjurar nuestra infancia y transitar hacia la adultez, conquistando la propia motivación, el impulso singular. De no ser así, “nuestras energías permanecerán encerradas en un cuarto de juguete banal y anacrónico, como en el fondo del mar” (Campbell, 1959, p. 19). En efecto, las historias sobre la sabiduría de la vida contienen variadas metáforas –del latín *metaphōra*, que alude al traslado o desplazamiento del significado de una voz a otro figurado, sobre la base de una comparación tácita–, que esconden mensajes para nosotros mismos. Basta señalar la metáfora “Jesús ascendió a los cielos” (que no puede entenderse literalmente, toda vez que no existe un lugar así en el universo), para advertir el sentido de la vuelta hacia adentro (no hacia al exterior), al reino interior de los cielos. Igualmente, las metáforas de la inhumación y la resurrección de Cristo anticipan los nuestros (Campbell, 1991, p. 95). De esta manera, “cuando tu mente queda atrapada en la imagen y no puedes hacer la referencia a ti mismo, es que la has leído mal” (Campbell, 1991, p. 96).

En definitiva, “ver la vida como un poema y a ti participando en un poema, eso es lo que el mito hace por ti” (Campbell, 1991, p. 92). “¿Un poema?”, pregunta Moyers a Campbell, que responde: “Me refiero a un vocabulario en la forma, no de palabras, sino de actos y de aventuras, que trasciende la acción presente” (Campbell, 1991, p. 92). Aquí reside la experiencia formativa de las metáforas, que nos enseñan sobre nuestra condición humana y, por ello, irremediablemente misteriosa. De otro modo, ocurriría un error en

la lectura de las metáforas, que serían oídas en términos de denotación y no de connotación, como discurso y no como poesía sobre la vida interior (Campbell, 1991, p. 95). Porque las imágenes mitológicas reflejan nuestro carácter, anhelos y potencias, que exceden incluso nuestra autorrepresentación, incitándonos a nuestra propia satisfacción y regeneración, a pesar de las circunstancias exteriores. El mito nos enseña que el juego de la existencia, dice Campbell, es más atrevido y más inmensurable de lo que creemos, y que lo que experimentamos es apenas una porción del amplio terreno de nuestra vida íntima, de lo que nos hace vivir (1991, p. 97).

### **3. EL HÉROE COMO ARQUETIPO FORMATIVO PARA LA VIDA**

Las historias de los héroes configuran la matriz de los conflictos y, concretamente, de las victorias mentales y morales ante los enigmas y las adversidades de la vida. De ahí su potencial restaurador de la experiencia, pues los triunfos más íntimos implican directamente nuestros renacimientos. Ni siquiera el encierro o las demás formas de desposesión cancelan la renovación continua de la vida; “solo la muerte cierra el círculo, y nada podemos hacer” (Campbell, 1959, p. 23). Dédalo, por ejemplo, simboliza al héroe que encuentra su propia regeneración dentro de los muros del tirano. Él nos enseña a elevarnos y distanciarnos de la prisión del rey Minos, con los recursos de la imaginación. Para esto, es necesario volver sobre lo que hemos construido, solo así (“como esas ratas de laboratorio que encuentran la salida a base de husmear con el hocico”) podemos admitir y esquivar las paredes de cristal que hemos erigido (Goñi, 2009, p. 221). Dédalo simboliza, así, al artista-científico de los muros del encierro y, a su vez, del ovillo y de las alas de cera, que nos permiten encontrar la partida.

En realidad, los héroes nos enseñan que lo nuevo, lo mudable, siempre puede ser encontrado mientras estemos vivos. Ahora, la regeneración de lo que somos depende, en palabras de Campbell, de la separación o la retirada del mundo exterior al interior, del macro al microcosmos, para revolver lo olvidado y, en consecuencia, confrontar las preguntas y las dificultades que proceden de nuestro interior (1959, p. 23). Esto implica

una batalla contra los demonios del pasado, para alcanzar una experiencia no distorsionada del presente y el porvenir. En este sentido, “el héroe es el hombre o la mujer que ha sido capaz de combatir y de triunfar sobre sus limitaciones históricas personales y locales y ha alcanzado las formas humanas generales (Campbell, 1959, p. 23). La figura heroica actúa, entonces, como arquetipo de ideas, de visiones, de respuestas ante la vida, que representa lo vivo, la novedad, en virtud de sus múltiples transfiguraciones.

Todavía más, el héroe regresa de su aventura para contarnos “las lecciones que ha aprendido sobre la renovación de la vida” (Campbell, 1959, p. 23). Este retorno, que descubre los secretos de la transformación de sí respecto a la monotonía lineal de las leyes físicas y la cotidianidad productiva del mundo social, envuelve las claves de novedad y de redención de la existencia. No podría de otro modo, pues “la principal característica de esa vida específicamente humana, cuya aparición y desaparición constituyen acontecimientos mundanos, consiste en que siempre está llena de acontecimientos que, al final, pueden fundar una biografía” (Arendt, 2003, p. 111). En oposición a la existencia meramente biológica (*zōē*), la biográfica (*bíos*) contiene la iniciativa, “el relámpago de la sorpresa”, “la gracia del comienzo”, que nos impulsa siempre hacia adelante con la oportunidad y la expectación de nuestra propia transfiguración. De ahí el supremo carácter renovable de la vida representado en la figura heroica (Kristeva, 2013, p. 53).

Por este motivo, podemos seguir los recorridos del héroe, “los caminos del pensamiento, de corazón entero, valeroso, lleno de fe en que la verdad, cuando él la encuentre, ha de darnos la libertad” (Campbell, 1959, p. 23). A manera de ilustración, basta citar el hilo de Ariadna y las alas de cera, que sirven para entrar y salir del laberinto y sus recovecos de angustia y de represión, como los caminos tallados, diligentemente, en la imaginación de Dédalo, para alcanzar la libertad. El héroe nos enseña los horrores de la prisión interior y, también, los saberes y los recursos de la partida. De esta manera, dice Campbell, ya no tenemos que aventurarnos solos en el juego de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, pues los héroes se nos han adelantado; solo tenemos que reanudar sus caminos. Y, entonces, “donde habíamos pensado matar otro, nos mataremos nosotros mismos; y donde habíamos pensado que salíamos, llegaremos al centro de

nuestra propia existencia; y donde habíamos pensado que estaríamos solos, estaremos con el mundo” (1959, p. 30).

El héroe representa el triunfo psíquico, no físico, de la hazaña interior, “donde se vencen oscuras resistencias, donde se reviven fuerzas olvidadas y perdidas por largo tiempo que se preparan para la transfiguración del mundo” (Campbell, 1959, p. 34). La aventura contra las mutilaciones y las destrucciones que provienen de nuestro interior, libera las propias energías hasta entonces no conquistadas. Con este fin, el héroe, que recorre el camino del autoconocimiento –separación-iniciación-retorno–, se apertura, en principio, a lo oculto y lo sobrenatural; después, se enfrenta a las fuerzas fantásticas y amenazantes, obteniendo una victoria interior, que le permite, finalmente, retornar al mundo de los vivos para contar y transmitir los aprendizajes de su misteriosa aventura de autoconocimiento (Campbell, 1959, p. 35). De este modo, el héroe mitológico simboliza la proeza del hundimiento y de la ascensión interior (después de vencer las dificultades y las resistencias más profundas), que producen la transformación de la propia experiencia. Esta es la importancia del héroe, que retorna para enseñarnos la fuerza productora y regeneradora de la vida humana (García-Gual, 2020, p. 183). Simbólicamente, el héroe es, pues, “esa divina imagen creadora y redentora que está escondida dentro de todos nosotros y sólo espera ser reconocida y restituida a la vida” (Campbell, 1959, p. 43).

Ahora, el arquetipo mitológico, con independencia de las variadas mitologías del mundo, recorre siempre la trayectoria de separación-iniciación-retorno: un desprendimiento del mundo (una especie de muerte), la inmersión en alguna fuente de poder (una suerte de inexistencia) y un regreso a la vida para vivirla con más sentido (una forma de renacimiento) (Campbell, 1959, p. 35). En primer lugar, la gran hazaña del héroe, que consiste en llegar al conocimiento y la experiencia de la propia vida, y transferirlo a los demás hombres, inicia con la separación o partida (en las sociedades primitivas, los ritos de iniciación son generalmente formales y severos) de las actitudes, los vínculos y las normas del estado anterior. Entre las ceremonias iniciáticas de los pueblos aborígenes de Australia, ejemplifica Campbell, el niño púber es apartado de su madre y de las figuras femeninas y encerrado en la cueva de los hombres, quienes lo aleccionan sobre los secretos

de la vida adulta. Después de algunos días, el niño aparece transfigurado en un hombre, que siente y actúa como tal.

En segundo lugar, el héroe, que regresa al mundo ordinario convertido en un hombre nuevo, lo cual configura un estado idéntico al nacimiento biológico, se dispone a iniciar la aventura de la vida (enigmas, aspiraciones, encuentros, encierros, temores, problemas, recursos). Porque “sólo el nacimiento (incluyendo el biográfico) puede conquistar la muerte, el nacimiento, no de algo viejo, sino de algo nuevo” (Campbell, 1959, p. 23). De este modo, la ruptura con las ideas y los lazos familiares anteriores a su transformación adulta, le permiten nacer de nuevo, sin otra dependencia que sus propios impulsos y motivaciones; la sumisión será ahora al propio yo. Esta iniciación en la experiencia adulta, que nos orienta sobre nuestros tránsitos físicos y psíquicos, a lo largo de la vida, asegura la conquista de deseos y de potencias interiores hasta entonces ocultas. Solo así el héroe podrá iniciar el viaje del autoconocimiento y la experiencia, con la esperanza de regenerarse, una y otra vez, como respuesta ante la muerte y sus recurrentes manifestaciones.

En tercer lugar, el héroe retorna del viaje adulto colmado de nuevos conocimientos y experiencias, que le permiten entender y responder a los misterios de la vida, sin capitular jamás ante las amenazas del fallecimiento, concretamente biográfico. Precisamente, “en su decisión de afrontar la muerte destella, justamente, la grandeza del héroe” (García-Gual, 2016, p. 12). De ahí que el héroe mitológico no muera, sino que vuelva a nacer. La apropiación, no distorsionada, de la vida interior constituye el primer triunfo colosal de la figura heroica, que ha lidiado y vencido a sus propios demonios. Sin embargo, hay algo más: el héroe vuelve a nosotros, transfigurado, para transmitirnos las enseñanzas que ha aprendido sobre la regeneración de la vida (Campbell, 1959, p. 26). Esta revelación, que es resultado de la victoria decisiva contra las pruebas y los peligros de la aventura interior, nos confirma la fuerza creadora sobre nosotros mismos, que nos libera y nos engrandece respecto a cualquier búsqueda de sentido distinto al hecho radical de estar y sentirnos vivos. La libertad para vivir depende de redimir la existencia de cualquier dependencia distinta del propio impulso y motivación.

En definitiva, “si no sufrimos una regeneración, el trabajo de némesis se lleva a cabo: la perdición” (Campbell, 1959, p. 23). De manera que la retirada del estado infantil (dependencia ajena) y, a su vez, la iniciación en el período adulto (sumisión a sí mismo) posibilitan la reanudación continua del trabajo de autocreación (Campbell, 1959, p. 23). No hay duda de que “nuestro destino es experimentar una larga supervivencia para nulificar las inevitables recurrencias de la muerte” (Campbell, 1959, p. 23). Lo contrario, implica la propia pérdida (algunas veces, definitiva) en las brumas de la muerte psíquica, que impedirá nuestro retorno.

#### **4. EL LABERINTO DE DÉDALO Y SU USO FORMATIVO PARA LA VIDA EN LA PRISIÓN**

El héroe es quien ha regresado de la aventura, después de obtener la victoria contra fuerzas extraordinarias, para aleccionarnos sobre la transformación de la vida. Prometeo, quien engañó a Zeus, ascendió a los cielos, robó una chispa de la fragua de Hefesto o del carro de Helio, el sol, y descendió para obsequiársela a la humanidad (de la Plaza et al., 2019, p. 303). Jasón, ya llegada la edad varonil, abandonó la morada de Quirón, el Centauro, y, tras dirigirse a Yolco, emprendió una difícil expedición hasta la Cólquide, con los mejores héroes, a quienes llamó los Argonautas, para regresar con el vellocino de oro y recuperar el trono que le pertenecía (Grimal, 2008, p. 297). Odiseo, quien triunfó sobre una variedad de pruebas, bajó hasta el Hades para consultar al divino Tiresias sobre el retorno a su ciudad natal, Ítaca, después de veinte años de ausencia. Eneas, que sobrevivió a la guerra contra Troya, también descendió al mundo de los muertos, y, después de engañar al Cancerbero, habló con la sombra de su padre muerto (Campbell, 1959, p. 36).

De este modo, la aventura de los héroes empieza con la separación del mundo familiar, seguida de la penetración en alguna fuente de poder, que contiene difíciles pruebas, y, finalmente, un regreso a la vida para experimentarla con mayor sentido (Campbell, 1959, p. 36). La figura heroica encarna, así, la energía creadora y reconstituyente de la existencia, que somete fuerzas temibles y peligrosas para el propio yo, introduciendo algo nuevo en el mundo, tal como sucede con el fuego de Prometeo o con la fundación de Roma. Ahora, los éxitos frente a los riesgos de la hazaña heroica son, esencialmente,

morales, tal como sucede con Odiseo, quien afirma la memoria ante el olvido, el nombre frente al anonimato, la finitud ante la eternidad. Aquí, basta observar a Dédalo, que tras un largo encierro en el laberinto del Minotauro –monstruo fabuloso, mitad hombre (en la parte inferior) y mitad animal (en la parte superior), hijo de Pasífae, esposa del rey Minos, y de un glorioso toro–, regresa (después de un arduo trabajo de autocreación y de redención), para mostrarnos cómo salir de la prisión mediante nuestro propio ingenio.

El laberinto representa la historia de Minos, rey de Creta, quien contrató los servicios de Dédalo para diseñar un “palacio” (cárcel) que mantuviera encerrado infinitamente al Minotauro. En principio, Poseidón le había entregado un toro al mismo rey para que lo sacrificara en su nombre, pero éste desobedeció la orden y, al contrario, decidió apoderarse de él. En venganza, el dios hizo que la esposa del rey se enamorara del toro, con quien engendró a un monstruo, el Minotauro. Entonces, Minos, asustado y avergonzado, ordenó a Dédalo, artista y científico ateniense, construir un laberinto, formado por muros y salas, curvas y corredores que impidieran la salida, excepto a su constructor (Commelin, 2018, p. 247). No había posibilidad de escapar de la prisión ni del Minotauro, especialmente para los jóvenes atenienses devorados por el monstruo. Ninguno sobrevivía, porque “si corrían, podían estar corriendo en dirección al minotauro; si permanecían quietos, éste podía aparecer en cualquier momento” (Hamilton, 2008, p. 193).

Por esta razón, Teseo, hijo del rey de Atenas, propuso liberar a sus conciudadanos víctimas del laberinto del rey Minos, quien había exigido de los atenienses un tributo, pagadero cada nueve años, de catorce jóvenes que servían de alimento para el Minotauro. Cuando llegó el momento de hacer el pago por tercera vez, el héroe, sin vacilar, decidió partir y matar al monstruo. El oráculo predijo que el amor le serviría de guía. Y, en efecto, Ariadna, hija de Minos, se enamoró del joven, facilitándole la empresa. Ella, con la ayuda de Dédalo, le entregó una madeja de hilo, que debía mostrarle un camino para salir del laberinto, después de matar al Minotauro. Después, Ariadna le indicó: “Pide ser el primero en entrar en el laberinto mañana; hasta ahora nadie ha conseguido salir de él con vida”. Y continuó: “Mas si llevas contigo este ovillo de lana, y atas un extremo a la puerta cuando

se cierre a tus espaldas, pues ir desenrollándolo, para así encontrar el camino de vuelta. Yo estaré esperándote a medianoche para dejarte salir” (Lancelyn-Green, 2020, p. 188).

Teseo así lo hizo: con un hilo y una vela en las manos, caminó y desandó sinuosos pasillos, por corredores confusos y trenzados, subiendo y bajando estrechos pasajes, hasta que encontró al Minotauro, quien bramaba de hambre y de cólera. El héroe saltó sobre él y le golpeó en el corazón. Luego, recogió el extremo del hilo y empezó a enrollarlo hasta encontrar la salida. En compensación, Teseo escapó con Ariadna, pero la abandonó en Naxos, donde Dionisio la encontró y la consoló (Commelin, 2018, p. 247). Al volver a su ciudad, Atenas, el héroe se convirtió en rey sabio y desinteresado, y abolió la monarquía por un gobierno popular, donde los ciudadanos pudieran discutir y decidir sobre los asuntos públicos (Hamilton, 2008, p. 193). Más tarde, cuando Minos se enteró de que los jóvenes atenienses habían regresado a su patria, después de escapar con la ayuda del artista constructor de la cárcel, enfureció y ordenó el encierro indefinido de Dédalo y su hijo Ícaro. Ahora, ni siquiera el diseñador podría encontrar la salida del laberinto.

Sin embargo, Dédalo no desesperó y pensó: “La huida puede impedirse por agua y tierra, pero el aire y el cielo son libres” (Hamilton, 2008, p. 178). De este modo, el artista fabricó dos conjuntos de alas de cera y de plumas, uno para sí y otro para su hijo. Antes de tomar el vuelo, el padre le sugirió a su hijo que no se acercara demasiado al sol, que derretiría la cera, ni demasiado al mar, cuya espuma bañaría las plumas de sus alas, impidiéndole planear (Grimal, 2008, p. 130). Con todo, Ícaro desoyó los consejos de Dédalo, elevándose, exultante, más y más, hasta que el sol fundió sus alas, cayendo al mar Egeo, que se lo tragó (Commelin, 2018, p. 254). Dédalo, afligido, continuó su viaje camino a Sicilia, donde el rey Cócalo lo asiló. Entretanto, Minos, doblemente encolerizado por la huida de Ícaro y su padre, ordenó apresar al artista. Para ello, el rey de Creta fraguó una insidiosa prueba de ingenio, cuya recompensa proclamó por todas partes, y que Dédalo no pudo resistir. “Sólo Dédalo idearía eso”, pensó Minos, quien partió a Sicilia para atraparlo, aunque sin éxito (Hamilton, 2008, p. 178).

Sintetizando, Dédalo representa el prototipo de la salida del laberinto en el que cualquiera puede entrar, pero, supuestamente, nadie puede salir (Goñi, 2022). Es el héroe

de los caminos del pensamiento, de la imaginación humana, que nos alecciona sobre la búsqueda de verdad y de libertad en nuestra vida interior, advirtiéndonos que no estamos solos, porque él se nos ha adelantado; solo debemos seguir el hilo del camino del héroe, y tomar vuelo con sus alas de cera (Campbell, 1959, p. 23). En efecto, cuando conocemos la construcción carcelaria del artista ateniense, que al igual que otras pruebas iniciáticas, representa “el inconsciente, el error y el alejamiento de la fuente de la vida”, aprendemos a entrar y a salir de los territorios de la muerte física y biográfica (Cirlot, 2011, p. 274).

Bajo esta comprensión del viaje del héroe, quien nos incita a entrar para encontrar el centro (como símbolo de autoimagen y autocreación), y salir decididamente para transformar la propia vida (como símbolo de redención), un grupo de investigadores y estudiantes universitarios diseñó y realizó un laboratorio biográfico, llamado “Laberinto de las palabras humanas”, con hombres y mujeres privados de libertad, en el Complejo Carcelario y Penitenciario El Pedregal, con alta y media seguridad en Medellín, Colombia, durante los años 2021 y 2022. Esta propuesta, que busca *conocer* y *experimentar* la experiencia de los dédalos de una prisión, hace suya la imagen arquetípica del laberinto y sus símbolos (ovillo de hilo, muros, pasajes y espejos, antorchas y alas de cera) para posibilitar las transiciones biográficas (Delory-Momberger, 2015, p. 22). La escritura de la vida través del mito, sus protagonistas y sus metáforas, permite hacer de la experiencia carcelaria un aprendizaje sobre el propio miedo, la soledad, el sufrimiento y, fundamentalmente, sobre las potencias, habilidades, actuaciones y anhelos de un futuro distinto al encierro.

En este contexto, las narraciones permiten constatar, además de la precariedad socioeconómica, cultural y psicoafectiva, la vulnerabilidad narrativa de las personas con experiencia carcelaria. Mientras las primeras han sido objeto de múltiples investigaciones y políticas públicas, la última apenas aparece en modelos y repositorios institucionales. Aquí radica el interés del laboratorio biográfico, que entiende que todos somos precarios narrativamente, pues estamos expuestos a variadas condiciones lingüísticas. No obstante, algunos son más vulnerables debido a deficiencias infraestructurales (la mayoría de personas privadas de libertad registran condiciones de pobreza multidimensional, además de una afectación emocional que “erosiona” su capacidad narrativa causada por el encierro). En

tal sentido, los marcos hegemónicos de representación actúan encuadrando qué se ve y escucha, exceptuando ciertas historias de la esfera pública (etiquetamiento: deformación, manipulación, censura de la población penitenciaria catalogada como amenazante).

Por este motivo, es necesario construir marcos alternativos de narración y de circulación social, que incluyan las biografías de las personas privadas de libertad (vidas en transición), ausentes en los modelos que gobiernan la representación de las mismas. A pesar de las condiciones carcelarias deficitarias (hambre, miedo, depresión, soledad, sufrimiento, distancia familiar), los internos advierten numerosas potencias y anhelos de transformación subjetiva y social. Este llamado a una “nueva vida”, distinta a la espiral del delito y la reincidencia, configura un tipo de contexto lingüístico que privilegia el porvenir singular de numerosos hombres privados de libertad, a través del reconocimiento de sus talentos y anhelos de futuro. Así, el laboratorio biográfico se sirve de mitos, héroes y símbolos que nos aleccionan sobre la posibilidad de transformación ante los sufrimientos y las situaciones límites, sirviéndose de los propios recursos subjetivos.

Para el desarrollo de este propósito, el laboratorio biográfico con hombres privados de libertad, desarrollado durante el 2022, constó de cinco (5) sesiones<sup>1</sup>: 0) “*Acercamiento*”, en la que se narró el mito, y se instaló el hilo de Ariadna para entrar y salir del propio laberinto; 1) “*El laberinto de mi vida*”, que trazó los hechos más importantes de la propia experiencia, empleando, narrativa y corporalmente, el símbolo de la lupa para encontrar nuevos sentidos y significados de los mismos; 2) “*Gestos de libertad*”, cuyo propósito consistió en contar y performar la experiencia intramural, a través de la imagen de las llaves, que, entendidas como potencias y recursos singulares, permitieron reconocer los modos particulares de afrontamiento carcelario; 3) “*Nuestros vínculos, nuestra historia*”, que consultó sobre los vínculos y las rupturas más significativas, antes y durante la privación de libertad, suponiendo una antorcha cuyo fuego cauteriza las heridas, al tiempo que

---

<sup>1</sup> Las guías de cada sesión son entregadas y validadas por el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario, especialmente por los profesionales psicosociales encargados de la dimensión educativa del programa de resocialización del Complejo Carcelario y Penitenciario El Pedregal, así como creadas y experimentadas por el equipo interdisciplinario de investigación, antes de ser implementadas con las personas privadas de libertad y los excombatientes en proceso de reintegración. Las sesiones cuentan con los consentimientos informados de todos los participantes, así como sus narraciones de vida que son transcritas literalmente.

ilumina la verdad de lo que somos en virtud de nuestras relaciones; 4) “*Todos somos artistas de nuestra realidad*”, que, haciendo uso de la antorcha, encendió otras miradas y acciones posibles sobre la propia existencia, para introducir nuevos comienzos; 5) “*Se dice de mí...*”, en la cual se performó un carnaval de máscaras, que reconocen la interiorización de distintas etiquetas que nos convierten en algo distinto, desfigurando lo que somos y lo que queremos ser; las máscaras equivalen, aquí, a las “crisálidas” que representan la metamorfosis de los dédalos de la prisión (Cirlot, 2011, p. 308).

Análogamente a la aventura del héroe, cuyas palabras y actuaciones introducen lo inédito, lo vivo, en la propia experiencia, los dédalos de la prisión, que hicieron suya la gramática de los símbolos del Laberinto, narraron y actuaron la pérdida de su libertad y el deseo de encontrar la salida mediante su propia transfiguración (Ruiz-Gutiérrez, 2024, p. 58). Durante el laboratorio biográfico, lucharon y triunfaron moral y psicológicamente sobre las propias limitaciones (aislamiento, dudas, angustia, melancolía), sobreponiendo sus esperanzas de futuro (visiones, lazos, deseos y habilidades). Este ejercicio, que puede ser interpretado a través de los tránsitos heroicos de *separación* (ruptura de los vínculos), *iniciación* (ingreso y permanencia en la prisión) y *retorno* (regreso a la vida para vivirla con más sentido) (Campbell, 1959, p. 40), describe, así, el viaje de descenso y de ascenso en el propio laberinto, que se apoyó, durante cada sesión biográfica, en el ovillo de hilo (entendido como vínculo esencial entre lo íntimo y lo externo), para no quedar atrapados en imágenes del pasado, reprimidas, confusas y distorsionadas, sobre nosotros mismos, que impiden nuestra salida hacia una vida futura más auténtica.

Al igual que Dédalo, quien escapó doblemente del encierro mediante la creación del hilo y de las alas de cera, Daniel (24 años de edad)<sup>2</sup>, excombatiente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC-EP)<sup>3</sup>, y, también, privado de libertad por rebelión y concierto para delinquir; Luis (31), campesino y padre de cuatro hijos (3, 5, 7 y 8 años), condenado junto con su esposa por hurto agravado; Steven (32), quien purga una segunda

---

<sup>2</sup> Por razones de confidencialidad y de seguridad, se omiten datos personales de los participantes.

<sup>3</sup> Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC-EP) constituyó la mayor estructura guerrillera colombiana de extrema izquierda, basada en la ideología y los principios del marxismo-leninismo, y del bolivarianismo, que operó desde 1964 hasta 2016, cuando firmó la paz con el gobierno de Juan Manuel Santos.

condena por hurto y concierto para delinquir (la primera por 12 años), decidieron recorrer el laberinto de su vida para encontrar las salidas<sup>4</sup>. En concreto, la ruptura violenta de sus visiones, actitudes y relaciones infantiles, los arrojaron severamente a la travesía de la guerra y las demás múltiples formas de desposesión violenta (ver Figura 1). En su primer trayecto biográfico, a la manera de un ritual mitológico de separación, Luis descendió a su historia, con la ayuda del hilo de Ariadna, para contar y performar la pérdida radical de sus vínculos más significativos. Esta autonarración del pasado, que se realizó mediante la transliteración del mito del Laberinto de Dédalo, fue esencialmente privada y, también, combativa, ya que implicó evocar y esclarecer imágenes olvidadas y perdidas por largo tiempo, cuya verdad condicionan la transfiguración del propio mundo.



**Figura 1.** Luis. “El laberinto de mi vida. Concordia el pueblo donde me crie”, 17 de octubre de 2022, Programa de investigación “Vidas en transición”, Laboratorio “El laberinto de las palabras humanas”, Sesión 0. Acercamiento.

Cuando tenía unos 8 años, mi madre se vino para la ciudad a trabajar, porque la estaba cansada de trabajar en el campo cogiendo café. Estando en la ciudad conoció a otra persona, pero, antes de eso, mi madre, todos los domingos viajaba a visitarnos. Después de que conoció a esa otra persona, ya no iba sino cada mes, y después no volvió.

---

<sup>4</sup> Además de Daniel, Luis y Steven, quienes participaron en todas las sesiones del laboratorio durante el 2022, contamos también con Sebastián, Jean Carlos, Santiago, Leandro, Esteban, Jimmy, Adrián, Carlos, Andrés, Jonhatan, Yan, John, Fabio, Esteban, Jackson, Santiago, Steven.

Mi padre era muy simple, no me prestaba atención, no estaba pendiente de mi yo. Después quedé viviendo con mis abuelos, pero me hacían mucha falta mis padres.

A los 10 años, empecé a trabajar; no volví al colegio, y así trabajé y trabajé hasta que me incorporé el servicio militar. Después conocí una mujer hermosa; tenemos cuatro hijos muy hermosos, a quienes amo con el corazón.

Yo pensaba: son tan lindos, que no quiero verlos sufrir por nada en el mundo, no dejaré que sufran sin el amor de los padres y, así, trabajé y trabajé con el sueño de salir adelante, para darles un futuro bueno y económico. Todo iba muy bien, pero un día decidí hacer algo diferente, y, sin pensar en las consecuencias de mis actos, cometí un delito, y entré en un laberinto muy oscuro con una entrada muy grande y una salida muy pequeña.

“Al subir por las escaleras, me detengo a reflexionar si no estoy soñando; al mirar por la ventana y contemplar el amanecer, la escasa luz que va borrando las sombras inmensas y diáfanas” (Whitman, 2017), me acuerdo de lo que pasé cuando estaba pequeño y me pongo a llorar.

Había buscado la salida muchas, muchas veces, pero no podía encontrarla, y todos los días lloraba, me daba golpes de pecho y mi corazón gritaba cansado, frustrado e impaciente, pero nadie se daba de cuenta, porque el que siente dolor es el que lo sufre y todos juzgamos, sin saber qué hay detrás de la puerta que lleva a este laberinto.

El único testigo son estas cuatro paredes que todos los días miran, en las noches, con la luz apagada, el sufrimiento de un error. Un delito que pasó en un momento, lugar y hora. Y las horas pasan y pasan, los días son lentos y no hay nada nuevo.

Todos los días son iguales; el tiempo pasa.

Pero en este laberinto, se aprende a amar con fuerza, se valoran los objetos, los momentos lindos que tiene la vida y aprendemos a reconocer nuestros errores.

Y el tiempo pasa, y no nos damos cuenta de que cada día somos más viejos.

Pero alguien llora en silencio o duro... son varias voces que lloran. Pero tú no estás solo en este laberinto; hay alguien más que dice: –¡Hola! ¿eres tú? Sí, soy yo. –¿Cómo estás? Mal, muy mal. ¿Y tú, cómo está? Bien.

Soy yo, tu Dios, y he venido a ayudarte: –En cada espacio de este laberinto, hay alguien más que sufre, y quienes sufren tu esposa y tus hijos y tu madre, que te esperan con los brazos abiertos. –¡Vamos con fuerza!, y sigue luchando.

Para adelante, camina, no te detengas. Busca la salida. Y si estás cansado de andar y correr, no corras, bien despacio, sigue adelante, confiado, muy confiado y sigue; no desfallezcas, que muy pronto en encontrarás la luz.

Aquella noche pensaba

(digo, era un taladro en mi cuerpo)

Que todo no es más que una tarántula

En la inmensa mano del tiempo,

ajena a nuestro intentos y sufrimientos

El sol tiene tatuado un poema rencoroso

Apuñalado de muerte

Su poeta se lamenta

¡Estupidez anacrónica la suya!

¡Concavidad sin estrellas!

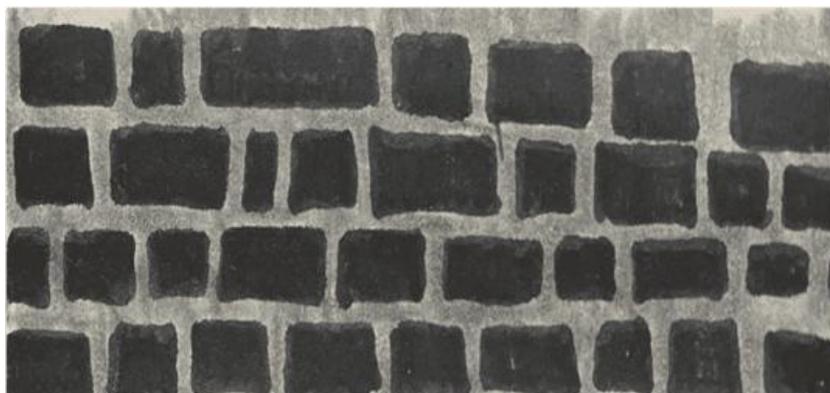
No lloro la muerte

Soy la herida que confluye en la vida

abriendo lo oscuro.

La fase de separación inicia la experiencia de la vida adulta, que, al igual que la proeza heroica, envuelve enigmas, sueños y temores que descubren la singularidad de la propia experiencia. Cuando descendemos a nuestro laberinto, con la ayuda de Dédalo, quien ya recorrió su camino, evocamos imágenes y circunstancias, en ocasiones reprimidas y excluidas de nuestras vidas, que debemos integrar a nuestro relato. Esta configuración biográfica envuelve una promesa de descubrimiento y renovación de nosotros mismos. Concretamente, dice Campbell, esta vuelta el pasado asegura el tránsito hacia un futuro más vivo y liberado respecto a ideas y sentimientos encubiertos y distorsionados sobre nosotros mismos (1959, p. 40). Por esta razón, y con la ayuda del ovillo de hilo, Luis continúa su viaje interior con el propósito de reconocer su vida en la prisión, y asegurar, definitivamente, su ascenso al mundo exterior con nuevos sentidos y significados sobre su experiencia carcelaria. En concreto, la apropiación de sus imágenes y circunstancias

iniciáticas, haciendo uso del mito y sus símbolos, especialmente del laberinto de Dédalo (ver Figura 2), le permiten anunciar, desde adentro, lo nuevo de su vida.



**Figura 2.** Luis. “El laberinto de mi vida. La vida pasa”, 31 de octubre de 2022, Programa de investigación: “Vidas en transición”, Laboratorio “El laberinto de las palabras humanas”, Sesión 2. Gestos de libertad.

La vida pasa, se nos está acabando

Y me pregunto: ¿Qué estás haciendo en este encierro? ¿Perdiendo el tiempo o sufriendo por tus hijos?

Cómo quisiera devolver el tiempo, y que tú regreses conmigo.

Si tú no estás, la vida para mí, no tiene felicidad.

La libertad que antes tenía, no la he podido encontrar, y las noches son testigo de mi soledad.

Y estas cuatro paredes que no dejan de mirarme como si supieran que no pertenezco a este horrible lugar.

A qui estoy, y le pido a mi Dios, que me ayude a salir muy pronto de este horrible laberinto.

Yo le prometo, que no vuelvo a cometer ningún delito.

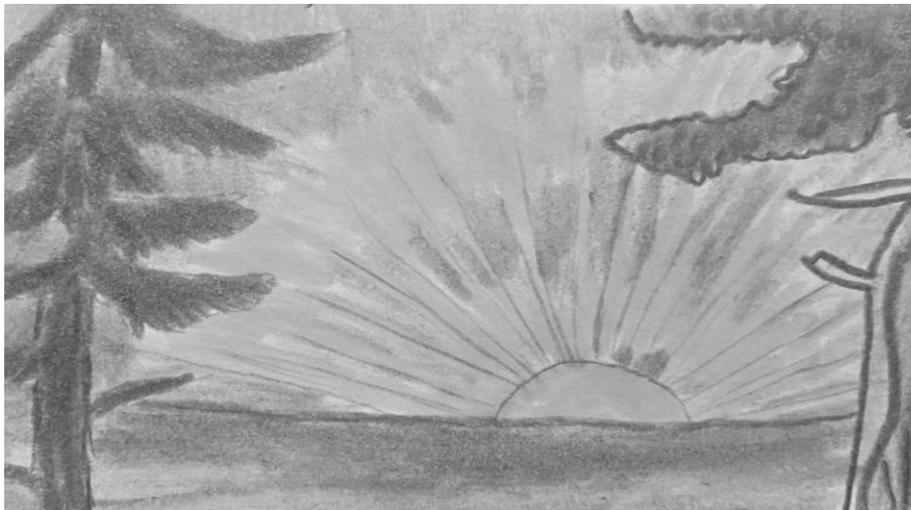
Porque el tiempo pasa, y me estoy poniendo viejito.

Si tú no estás, la vida para mí, no tiene felicidad.

La paz que antes tenía, no la he podido encontrar, y las noches, son testigo, de mi soledad.

Y estas cuatro paredes, que no dejan de mirarme cuanto añoro regresar, a mi dulce, dulce hogar.

El tránsito por las imágenes y las circunstancias iniciáticas nos proporcionan formas y sentimientos nuevos que anticipan nuestra madurez. Este nuevo estado, análogo al nacimiento biológico, nos devuelve al mundo exterior para experimentar la vida con mayor claridad y autonomía. La sumisión al propio yo, distinto a las dependencias infantiles, implica el conocimiento y la satisfacción de sí, con independencia de las ideas, las ilusiones y los terrores del pasado. Solo la propia transfiguración, que equivale a un sinnúmero de comienzos, puede conquistar una larga supervivencia física y biográfica. Aquí reside la victoria de Dédalo, el héroe del laberinto, quien porta el mensaje de la regeneración a través del conocimiento y la experimentación de la propia vida. Él nace desde adentro, al interior de los muros del encierro, evocando lo vivo, lo nuevo de su experiencia porvenir. Por esta razón, con el ovillo de hilo en la mano, Luis desciende a su propio laberinto para esclarecer las dificultades y las posibilidades de la reclusión carcelaria, que le permitan encontrar la salida hacia un futuro más libre, más pleno y más atrevido (ver Figura 3).



**Figura 3.** Luis. “El laberinto de mi vida. Yo soy el renacer del canto”, 07 de noviembre de 2022, Programa de investigación: Vidas en transición”, Laboratorio “El laberinto de las palabras humanas”, Sesión 5. “Se dice de mí...”.

Yo soy bondad, que conocí dando y recibiendo muchos frutos de conocimiento y serenidad. En mi nueva vida, los vínculos importantes. Mi familia y me hace libre, porque me hace libre saber que cuento con el amor de ellos; soñar, cantar, bailar, sonreír y expresar el amor.

Más allá de las etiquetas, se oculta de mí que soy cariñoso, confiado y virtuoso, soñador y sonriente a la vida.

Lo mejor que tengo para darle al mundo es una vida sana, de mucha convivencia al querer ser consciente de vivir feliz con los que rodean mi mundo de amor.

Mi compañero Jimmy, me regaló un apreciado valor que es la libertad y el amor.

Sueño con ser y hacer como un cantautor, y despertar el rugiente vozarrón, y ser feliz con lo que seré y sé que lo lograre al final.

Y me propongo una acción concreta, a partir de hoy, ser correcto, sincero y maduro en la educación de las palabras que conforman la historia, el poema y las rimas.

Y la sociedad puede contribuir dándome una oportunidad: creer en un comienzo nuevo para escuchar y no juzgar lo que soy, sino lo que seré...

## 5. CONCLUSIÓN

La narración biográfica en entornos carcelarios suscita el autodescubrimiento de aquellos que se encuentran en momentos de “transición”, lo que permite el reconocimiento de las situaciones vividas, antes y durante la comisión del delito, y, más especialmente, la transformación de su vida porvenir. Esta escritura de sí, que implica una exploración, aunque tentativa, variable y en construcción permanente, vence los miedos y las dudas que nos privan de la introspección y la meditación sobre el futuro. El yo, el hombre privado de su libertad, pero no del relato sobre sí mismo, sale al encuentro de sus miedos, recuerdos, confidencias, y, particularmente, de sus ilusiones, talentos y posibilidades aún no consumados, que exigen ser realizados. No se trata únicamente de hablar en primera persona, sino de contar desde el encierro carcelario, sobre la amplitud de la propia vida, que siempre encierra la posibilidad de un nuevo comienzo.

El interno del penal deviene en el sujeto de la experiencia biográfica, quien cuenta aquello que ha tenido la suerte y la desdicha de vivir, y, especialmente, lo que no ha vivido todavía. En este sentido, el mito y sus héroes le aleccionan en la selección, la ordenación y la afirmación lógica y afectiva de lo acontecido y de lo porvenir, seleccionado y contando recuerdos, hechos y esperanzas reprimidas, según procedimientos similares a las aventuras míticas, que se sirven de la memoria y el relato autobiográfico. En el laboratorio biográfico el yo accede a su interioridad y la exterioriza ante otros, para afirmar la posibilidad de su autocreación a través del relato. De esta manera, el hombre de la narración biográfica se apropia de su historia, de sus enigmas, de sus conflictos y de sus posibilidades de ser siempre otro. Reclamar la autoría de la propia vida en espacios carcelarios representa así la condición fundamental de la comprensión y de la transformación biográfica.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, Hannah. (2003). *La condición humana*. Paidós.
- Bonet, Daniel. (2023). "El laberinto como símbolo y su significado espiritual y emocional". *CUERPOMENTE*, [https://www.cuerpomente.com/psicologia/laberinto-simbolo-significado-espiritual-emocional\\_11002](https://www.cuerpomente.com/psicologia/laberinto-simbolo-significado-espiritual-emocional_11002)
- Calvino, Ítalo. (1981). *Por qué leer a los clásicos*. Siruela.
- Campbell, Joseph. (1959). *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis de un mito*. FCE.
- Campbell, Joseph. (1991). *El poder del mito. Entrevista con Bill Moyers*. Emecé.
- Campbell, Joseph. (1994). *Los mitos. Su impacto en el mundo actual*. Kairós.
- Cirlot, Juan-Eduardo. (2011). *Diccionario de símbolos*. Siruela.
- Commelin, Pierre. (2018). *Mitología griega y clásica. El gran clásico de la literatura mitológica*. El Ateneo.
- de la Plaza, Lorenzo, José Martínez y José Vaquero. (2019). *Guía para identificar los personajes de la mitología clásica*. Cuadernos Arte Cátedra.
- Delory-Momberger, Christine. (2015). *La condición biográfica. Ensayos sobre el relato de sí en la modernidad avanzada*. Universidad de Antioquia.

- 
- Esteban Moreno, Sofía. (2023). "Sobre arquetipos y héroes: hacia una Antropología Literaria". *Castilla. Estudios de Literatura*, núm. 14, pp. 136-165.
- García-Gual, Carlos. (2016). *La muerte de los héroes*. Turner Noema.
- García-Gual, Carlos. (2020). *La deriva de los héroes en la literatura griega*. Siruela.
- Goñi, Carlos. (2009). *Cuéntame un mito*. Ariel.
- Grimal, Pierre. (2008). *Diccionario de mitología*. Paidós.
- Hadot, Pierre. (2006). *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Siruela.
- Hamilton, Edith. (2008). *Mitología. Todos los relatos griegos, latinos y nórdicos*. Turner.
- Kristeva, Julia. (2013). *El genio femenino. 1. Hannah Arendt*. Paidós.
- Lancelyn-Green, Roger. (2020). *Relatos de los héroes griegos*. Siruela.
- Ordine, Nuccio. (2017). *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Acantilado.
- Ordine, Nuccio. (2023). *Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal*. Acantilado.
- Roethke, Theodore. (1975). "In a Dark Time". *The Collected Poems of Theodore Roethke*. Anchor Books, pp. 355-356.
- Ruiz-Gutiérrez, Adriana. (2024). "El poder de los comienzos: fundamentación filosófica de un laboratorio-biográfico en la prisión (Hannah Arendt)". *Revista Internacional de Filosofía Aplicada*, núm. 15, pp. 55-86.
- Whitman, Walt. (2017). "Canto de mí mismo". *Hojas de hierba*. Galaxia Gutenberg, pp. 165-313.